

El final de los Robinsones de las islas de los Galápagos

Durante los últimos años los periódicos hablaron en términos de gran vaguedad de repetidos sucesos en las Islas de los Galápagos. Se hablaba de colonias desnudistas, de orgías, de una emperatriz de la isla... A fines del año pasado las noticias recibidas fueron ya de otra índole: un día un yate, encontraba dos cadáveres ya descompuestos en un islote desierto. Se recibieron noticias de otras muertes y desapariciones. La policía del Ecuador, a cuyo país pertenecen las islas, comenzó sus investigaciones. No ha podido aclararlo todo, son varios los misterios que quedan por resolver; pero en líneas generales puede saberse hoy con cierta seguridad lo ocurrido en el archipiélago.

Apare la baronesa Wagner

Un día, al puerto de Guayaquil (Ecuador) llegó la titulada baronesa Wagner. Aún hoy se ignora si se trataba de una aristócrata auténtica. Llegó acompañada de dos hombres jóvenes, alemanes como ella, Phillipson y Lorenz. La baronesa llegaba rodeada de gran lujo, hubo visitas oficiales, recibió a los periodistas y a todo el mundo manifestó que, conociendo la maravillosa situación de los islotes Galápagos pensaba fundar un hotel que sería el punto de reunión de todos los millonarios amigos suyos en su mayoría, que acudirían en sus yates tan pronto como supieran que ella había abierto su hotel.

El proyecto fué bien acogido y la baronesa se dedicó a comprar todo lo necesario para la instalación y flutando un barco pasó a Floreana, el islote escogido para su hotel. Pronto quedó este montado y la baronesa y sus dos compañeros quedaron esperando a los millonarios que no tardarían en llegar.

Los habitantes de Floreana

Pero el islote de Floreana no estaba deshabitada. En el momento de la llegada de la baronesa la isla contaba ya dos hogares. Uno de ellos el del matrimonio Wittner, familia alemana que disponía de algunos recursos y se habían establecido en Floreana, lejos de la civilización sin otro fin que tratar de salvar a su único hijo, enfermo de tuberculosis.

Los otros habitantes de la isla eran más pintorescos. Un médico alemán, el doctor Ritter, profesaba una filosofía de la vida por extremo original. Cuado aún residía en Berlín hizo partícipe de estas ideas a la mujer de un amigo suyo, Dora Koerwin. Un buen día Ritter decidió que era preciso pasar de la teoría a la práctica. De acuerdo con su amigo Koerwin, hicieron un cambio de mujeres. La del doctor Ritter se fué a vivir con Kloerwin en tanto que la mujer de éste se marchó con Ritter a los islotes de los Galápagos para poner allí en práctica sus teorías; como una de estas era el vegetarianismo, para evitar toda posible tentación, antes de salir de Alemania el doctor Ritter se sacó todos los dientes a fin de que nunca más le fuera posible comer carne.

Llegaron a la Floreana, levantaron una cabaña en la cual vivían, practicando el desnudismo integral y alimentándose de los frutos de un huerto que plantó Ritter y dedicando su tiempo, según manifestó más tarde Dora Koerwin, a discusiones filosóficas.

Los primeros choques

Estas dos familias vivían pacíficamente, preocupándose poco una de otra. La llegada de la baronesa cambió la situación. Una vez establecido su hotel, «El Paraíso Recobrado», invitó a sus vecinos, y, por su parte, los visitó; sin embargo el género de vida que llevaba y sus borracheras no complacieron mucho a los Ritter ni a los Wittner.

Pronto comenzaron las discusiones. La isla de Floreana no dispone de más agua potable que un arroyuelo que después de pasar por el Hotel de «El Paraíso Recobrado» llegaba a casa de Wittner y de Ritter. Ahora bien, la baronesa, desde el primer día comenzó a hacer un verdadero derroche de agua, hasta el punto de que llegó el día en que Ritter se vió privado de ella; protestó sin resultado y los disgustos entre

los habitantes de Floreana fueron cada vez más frecuentes.

La situación en el hotel de «El Paraíso Recobrado» se iba haciendo difícil. Pasaban los meses y los millonarios no llegaban. La baronesa mandaba artículos sensacionales a la Prensa americana, hablando de las orgías de la isla, del imperio de los desnudistas. Pero a pesar de todo, muy pocos yates visitaban Floreana y el beneficio que dejaban era escaso. Fué entonces cuando la baronesa pidió a una casa de tabacos americana veinte mil cajetillas. La carta iba firmada por la «Emperatriz de los Galápagos» y su «canciller».

Una luna de miel desgraciada

Un buen día llegó a Floreana, atraído por los reclamos de la Prensa un matrimonio sudamericano que se proponía pasar una luna de miel original en aquel nuevo paraíso. No contaban, sin embargo, con la huésped, la baronesa en este caso, que apenas instalados en el Hotel, reclamó para sí el marido. Como no existía en la isla autoridad de ningún género, hubo que ceder y la luna de miel fué para la baronesa.

En otra ocasión llegó a la isla un profesor suizo a quien la baronesa comenzó por insinuarle, acabando por hacerle ciertas proposiciones con toda claridad.

El hombre, ya por castidad ya por no surtir efecto los encantos de la baronesa se negó a acceder a las pretensiones de ésta y anunció su intención de abandonar la isla. La baronesa no se amilanó y durante una cacería disparó sobre el profesor. Su intención era herirle levemente en una pierna con el fin de que no abandonara la isla y poder ejercer sus artes de seducción. Pero erro la puntería y el suizo recibió el tiro en pleno vientre, lo cual le tuvo largo tiempo entre la vida y la muerte, sin médicos ni medicamentos... Inútil es decir que a la primera ocasión salió de Floreana.

Discordia en el Paraíso

En el Hotel del «Paraíso» la situación empeoraba. Se acababan los fondos. La baronesa y Phillipson no hacían absolutamente nada y Lorenz gradualmente, fué convirtiéndose en criado de los otros dos. Estos, para olvidar su fracaso, se emborrachaban constantemente. Lorenz era objeto de malos tratos.

La baronesa visitaba en ocasiones a Ritter y le manifestó los temores que sentía por la salud de Lorenz. Según ella se encontraba éste en un estado avanzado de tuberculosis y temía ella que no viviera mucho tiempo. Sin embargo, aún sabiendo que Ritter era médico, no le pidió reconociera a Lorenz o le aconsejara algún remedio.

Pasó el tiempo y un día Lorenz acudió a casa de los Wittner; les manifestó que no podía soportar más tiempo los malos tratos de que le hacían objeto la baronesa y Phillipson. Les pidió hospitalidad hasta el día en que algún barco pudiera sacarle de allí. A tal efecto acudió a Ritter para que le redactara una nota en inglés diciendo que un hombre blanco deseaba abandonar la isla y rogaba a algún barco que quisiera llevarle. Esta nota se depositó en un barril en la playa donde los barcos acostumbraban a recoger la correspondencia.

Transcurrieron los días. Según más tarde manifestó la señora Wittner la baronesa le visitaba con cierta frecuencia y juntos hacían excursiones por los bosques. Un día, la baronesa comunicó a la señora Wittner que se proponía abandonar la isla en compañía de Phillipson. Un yate inglés vendría a burcarlos aquella misma noche.

A la caída de la tarde Lorenz se ausentó; estuvo ausente durante toda la noche; a la mañana manifestó que había presenciado durante la noche gran número de idas y venidas y que había visto que muchas personas habían abordado la isla; dijo que en la playa había visto huellas de mucha gente. Nadie más que él vió tales huellas, pero lo cierto es que nada más ha vuelto a saberse de Phillipson y la baronesa. ¿Qué había sido de ellos?

¿Crimen o suicidio?

Reflexionando más tarde sobre las

manifestaciones hechas por la baronesa se cayó en la cuenta de que no era posible que supiera que un yate iba a llegar. Por otra parte nadie más que Lorenz vió las huellas que dejaron los visitantes. La señora Wittner supuso que la baronesa y su amante, ante el fracaso de sus planes decidieron suicidarse.

Otros pensaron que Lorenz los mató aquella noche y arrojó sus cuerpos al mar. Cuando al día siguiente se presentó aparecía sofocado, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Fuera de ello lo que fuese, el caso es que Lorenz en días sucesivos se dedicó a desmontar el hotel, vendiendo a los otros habitantes de la isla por algunos dólares cuantos objetos podían serles útiles.

Al fin llegó a la isla la barca de un pescador noruego habitante de otra de las islas que accedió a llevar a Lorenz. Este partió llevando como equipaje una pesadísima maleta.

Otro nuevo misterio

La traviesa era larga, pero se hizo felizmente y un buque vió la barca a menos de una hora de distancia del punto de destino. El mar estaba tranquilo y el noruego era un marino expertísimo. Sin embargo, su barca nunca llegó.

Meses después el yate de un millonario americano encontraba en un islote desierto, a enorme distancia del punto donde se vió por última vez, la barca del noruego y dos cadáveres que resultaron ser los de Lorenz y el pescador. El millonario sacó fotografías y llevó la pesada maleta del alemán, pero en lugar de dar cuenta a las autoridades continuó su viaje y esta es la fecha que no se sabe lo que la maleta contenía. Los trabajos de la policía equatoriana no han puesto nada en claro y tal vez siga siendo un misterio el por qué la barca se desvió de su ruta y fué a parar al solitario islote donde los tripulantes murieron, al parecer, de sed.

También muere Ritter

El doctor Ritter habla gozado siempre de excelente salud; sin embargo poco después moría. Dora Koerwin, única que le vió morir, ha declarado que fué a consecuencia de una parálisis que le atacó a la garganta y le hizo perecer entre terribles sufrimientos.

Muerto su compañero, Dora ha vuelto a la civilización y días atrás pasó por Amberes con rumbo a Hamburgo. A preguntas de los periodistas contestó relatando los hechos en la forma que dejamos dicha, pero no se mostró muy dispuesta a hablar de la baronesa Wagner. Dijo que pensaba dedicarse a publicar los escritos del doctor Ritter.

Y aquí termina por hoy el drama de los modernos Robinsones. ¿Viven aun la baronesa Wagner y Phillipson? Acerca de ellos circulan los más variados rumores. Unos les suponen a bordo de un barco y su desaparición asuntos de publicidad. Creen otros que encontraron un tesoro escondido siglos atrás por piratas, otro... la fantasía tiene libre curso. Por nuestra parte nos hemos limitado a narrar los hechos conocidos hasta hoy.

Explorer

Dr. Magdaleno M.-Peñasco

Especialista en Garganta, Nariz y Oídos.

CLINICA: Castellanos, 5

“La Innovación,”
(antigua “Casa MANOLO”)
CASTELLANOS, 2

Nuevo Establecimiento altamente surtido en fantasías para Señora.

Única Casa que vende barato todos sus artículos.

Géneros blancos a precios de fábrica.

CLASES SUPERIORES
2, CASTELLANOS, 2

La decepción de un hombre bueno

(CUENTO)

Voy a referirte un cuentecillo, lector. Ya sé que estará tu ánimo para cuentos en estos tiempos de emociones, de vibraciones y de ajetreos. Sin embargo, tal cariz van tomando las cosas, que es mejor no preocuparse de ellas; de lo contrario no darás un paso a derechas porque ya se encargará alguien de torcerlos. Si tienes un alma que sabe sentir y sufrir, día habrá que, ante lo que has de ver, terminarás por convertirte en un misántropo. Además la existencias es más insustancial que cualquier cuentecillo insignificante. La vida no es más que eso: un cuento grande lleno de cuentecillos como éste... Y es que en todo cuento hay un poco de verdad, como en toda verdad hay un poco de cuento... ¿Me escuchas?

Ya me figuraba yo que mi amigo Fernando, que es la bondad personificada, (sencillez, amabilidad, nobleza) encontraría algún día, de una u otra manera, la horma de su zapato que daría al traste con sus sentimientos humanitarios y determinaría, de una vez para siempre, el fracaso de sus dones espirituales. Y es que es una locura y un absurdo, a más de un heroísmo, que un hombre quiera ser bueno cuando todos se empeñan en ser malos.

El desbarajuste infernal de la vida, corrompida por la derregada conciencia humana, para siempre en su gesto, aunque amable y sereno, un sello de amargura y de tristeza. Pero hace unos días descubrí que su expresión, más que de melancolía y de pena, era áspera y arisca, casi de ira, cosa que nunca vi en su semblante, siempre tranquilo y afable...

—A tí te ha ocurrido algo—dije sin poderme contener.

—Ciertamente que me ha ocurrido—replicó, rápido, como si hubiera esperado esas palabras, dispuesto a la confianza de sus cuitas—y aunque no es una gran cosa, me ha hecho comprender cuan equivocados estamos los que aún creemos que la bondad y la honradez (sufímes flores cuyo perfume se ha evaporado ya del mundo) podrían erigir sus tallos, floridos y hermosos, por entre los abrojos crueles de la vida. Los malos hierbajos las hicieron sucumbir para siempre. Desde hoy seré uno de tantos que exhiben la virtud equívoca de una honradez podrida por entre los jirones egoístas de sus hipócritas maldades...

Y siguió luego de breve pausa...

—Fíjate lo que la humanidad estudia para aprovecharse de las emociones, de las emociones, de las debilidades o de las aficiones de cada uno. Ayer, anoche, cuando marchaba a casa, caminaba junto a mí una mujer que, entre enfurecida y dolorida, monologaba unas frases de las que solo entendía, de vez en cuando: «es un canalla, pero me lo tenía bien merecido». Al indagar, compadecido, la causa de su desesperación, repuso: «¡Ah, caballero, soy muy desgraciada! Desde muy joven

quedé sin padres, y el destino, demasiado cruel para mí, me zarandó a su antojo hasta colocarme en la pendiente. Rodé por ella. Fui una mujer mala; una de tantas mujeres que se compran, se acarician y luego se desprecian... Así, en una vida azarosa y entre carcajadas que eran sollozos y risas que eran lágrimas, pude reunir algunos miles de pesetas y entonces quise rehacer mi vida, quise ser una mujer honrada y buena aunque tuviera que engañar a un hombre; pero sería un engaño piadoso porque salvaría un alma perdida; yo le pagaría enamórndole y enamórndome de él! ¡Ambicionaba tanto un hogar!... Huir lejos... Allí nadie me conocía y me fué fácil encontrar un hombre (yo que también los conocía ya que había vivido mucho tiempo entre sus brazos) capaz de rehabilitarme a los ojos del mundo. Fué un hombre correcto educado, culto y elegante; un pobre diablo con cara de ingenuidad y de santo. ¡Mas de cuanto yo podía desearte! Ni yo le pedí más pormenores de su vida ni él de la mía. Vivimos juntos y en poco tiempo con mis carrias, con mis halagos y con mis mimos, me pareció enamorarle, locamente. Me prometió casarnos muy pronto, y con su delicado y exquisito trato llegué a quererle con delirio... Ya me forjaba yo mis ilusiones de señora—siguió, pegándose a mí hasta cogerme por las solapas, y dando a su voz un tono amargo y horrible que me conmovía cuando una mañana, al despertarme, ese hombre no estaba, como siempre, a mi lado...

Mi dinero lo guardaba en casa, y los cajones abiertos me hicieron comprender... ¡Me había robadado!... Luego me enteré: aquel pobre diablo con cara de ingenuidad y de santo jera un estafador muy hábil! ¡Y yo que creía conocer a los hombres, tan difícil como es...! Era un canalla—terminó, entre sollozos y lágrimas—pero me está bien empleado por querer engañarle. Yo la consolé—siguió Fernando y hasta firetendí ayudarla, pero se negó rotundamente a aceptar nada, agradeciendo mi amabilidad al escuchar el relato de sus desventuras...

—Pero hombre, Fernando,—casi le reproché yo—eso puede conmovir a una persona de tu temperamento, pero no basta para justificar tu actitud...

—No ¿verdad? Cuando llegué a casa comprendí que todo había sido una historia fantástica para conmovirme y acercarse a mí, porque entonces advertí que, con su amargura y su desesperación y entre mis palabras de consuelo, esa mujer, ¡también se había llevado mi cartera!

Juan Pedro López

El teléfono de
ADELANTE
es el núm. 98

Emilio Vega Sánchez
PROCURADOR

Asuntos judiciales y extrajudiciales
PARTICIONES DE HERENCIA

DESPECHO: BALBUENA, 5
VALDEPEÑAS

Dr. Jesús Ruiz González
EX-MEDICO de GUARDIA de la MATERNIDAD de SANTA CRISTINA
EX-PROFESOR AUXILIAR de la MATERNIDAD PROVINCIAL de MADRID
PARTOS Y ENFERMEDADES DE LA MATRIZ
SOR CANDIDA, 33—Consulta de 11 a 1
Consulta gratuita para pobres, los jueves, de 5 a 6